

de Alicia, para crear el suspenso y el horror, "cerrar tres bucles y hacer tres puntos al aire". Para hacernos sentir que es nuestra historia también, porque esa fábula podría haber sucedido en la isla de cualquier mar o en la mente de cualquier persona de nuestra América. Y el ritmo: los hechos ayer, los hechos hoy, en los dos tiempos, se sostiene con la misma intensidad y pasión, a lo largo de las 313 páginas, por eso el lector-lectora terminará creyéndolo todo, hasta que Clipperton existe y el drama narrado no fue fantasía ni en la mente de Alicia y Ramón Arnaud, ni en la de la misma Laura Restrepo.

DORA CECILIA RAMÍREZ

Calidoscopio en blanco y negro

Compañeros de viaje

Luis Fayad

Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1991, 373 págs.

Camilo Torres Restrepo, el movimiento estudiantil de los años sesenta, el intento fallido de una transformación social y política de Colombia y el diario transcurrir de la clase media bogotana son algunos de los espacios históricos, relativamente recientes, en los que enmarca su última novela el escritor Luis Fayad.

Es así como en *Compañeros de viaje* el espacio va a ocupar el papel fundamental: no sólo por el señalamiento directo de los marcos históricos enunciados anteriormente, sino, además, porque las distancias y los gestos miden las relaciones entre los hombres, y Bogotá se constituye en el escenario en que se desarrollan estos movimientos.

De esta manera, el autor recalca las características de la novela urbana, pone énfasis en lo cotidiano de dicha ciudad y la demarca en sectores en los que ocurren sólo determinados actos: la Universidad Nacional y sus alrededores, donde se actúa en el compañerismo del estudio, el diálogo y la protesta; el barrio Chapinero, que,

cercano a la universidad, representa un espacio tradicional, ocupado por las relaciones familiares, la estabilidad relativa, los amores adolescentes en las fuentes de soda y el descanso; el centro es el lugar del trabajo, la adultez, los bares, La Gruta, y el sitio donde reposa el Estado, blanco de las protestas. Todos estos mundos van a sentir el peso de un último espacio que con su presencia desestabiliza sus estructuras; es el espacio -otro, ausente de la narración directa, fuera de la ciudad- en el que se encuentran Camilo Torres, sus ideas y su muerte.

El lector se halla, entonces, ante el cotidiano acontecer en el que los personajes buscan adecuarse a las circunstancias que le deparan los otros. Son figuras que se mueven a tono con los cambios de posición de las demás figuras, sin que existan transformaciones reales dirigidas por unos principios de carácter individual. Se puede afirmar que la generalidad de los individuos carecen de interioridad, su personalidad está ausente, se desarrollan en sus actos o en la mirada de los otros personajes, los que a su vez observan sus movimientos para decidir los propios. Aun así, existen dos señaladas excepciones: por un lado, la fuerza pública de las acciones de Camilo Torres, su imagen como sacerdote en su última celebración de un matrimonio en la Universidad Nacional, su publicación del periódico Frente Unido, sus decisiones políticas y la noticia de su muerte; por otro, la protesta netamente individual de un estudiante casi anónimo, Delvalle, en la que cuestiona el real sentido de la lucha estudiantil.

Dentro de este marco, el de la novela y la historia evidente a los ojos del lector, Fayad establece una revisión narrativa en la que se desmitifican las versiones oficiales de la historia. Ya no se escribe novela para un lector politizado, sino que en una narración cercana a la crónica se busca la objetividad de las diversas versiones.

En esta actitud el autor continúa las búsquedas narrativas de su anterior novela, *Los parientes de Ester*. Es un lenguaje que, al igual que el mundo que crea, está ajeno de vitalidad propia, de colorido. Los sucesos están

ausentes de jerarquía, y de esta manera se suceden sin interrupciones que determinen un sentido particular. Se busca aprehender el tiempo de lo cotidiano, del acontecer ordinario en el que se valida tanto el acto de servir un chocolate como la elaboración de las pancartas convocantes de una marcha estudiantil.

Nos encontramos, entonces, ante una novela en la que el blanco y el negro del mundo que plantea logra cubrir al lector en la fatiga de la lectura: lo reiterado de las estrategias narrativas en una obra quizá innecesariamente extensa, la falta de una atmósfera en la que los personajes no sean planos-planos y, por qué no, la muy deficiente edición de la obra, hacen que *Compañeros de viaje* sea un juego literario de limitadas posibilidades que acaba por sumir al lector en el cansancio.

CARMEN ELISA ACOSTA PEÑALOZA

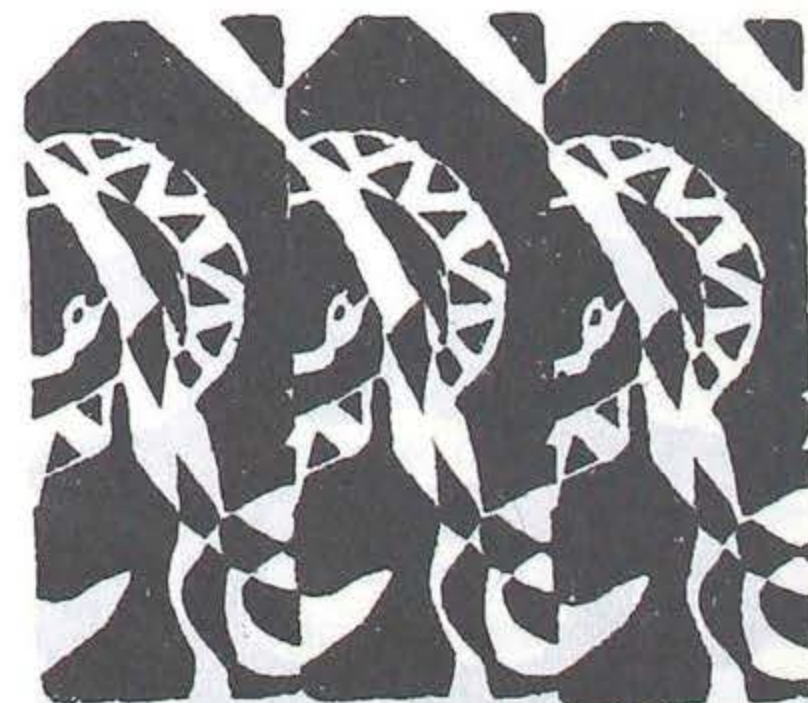
Esto somos en el fondo

El pelaíto que no duró nada

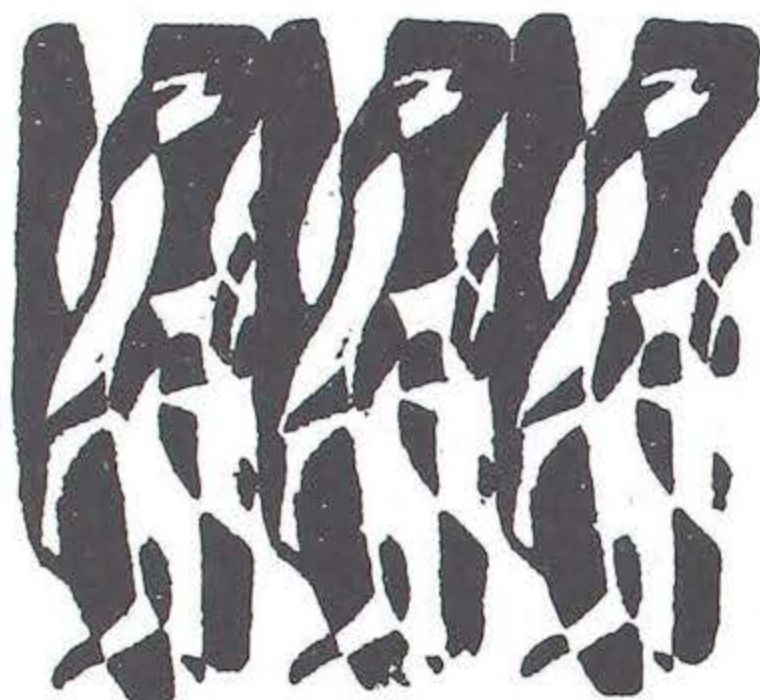
Víctor Gaviria

Planeta Colombiana, Bogotá, 1991, 136 págs.

El pelaíto que no duró nada recoge el relato de Alexander Gallego -Wilfer- sobre hechos que ocurren en las comunas nororientales de Medellín. Es una más de las crónicas de muerte anunciada que viven los habitantes de este sector de la ciudad. El asesinato



de Faber, el protagonista, se conoce desde el principio. Desde que el relato empieza, se sabe cómo va a terminar. Lo interesante es cómo transcurre: la situación, las circunstancias, el modo de enfrentarse a ellas. La sensibilidad con que Gaviria, el autor, se acerca a estos hombres nos permite ver claramente el mundo en que se mueven.



Antes que el encuentro con dos ciudades, como lo define su autor, los hechos contados por Alexander, el hermano mayor del "pelaño", son el reflejo de la descomposición social que viven la mayoría de los adolescentes de la clase baja en Colombia.

Las comunas nororientales de Medellín enmarcan en nuestro país un período declarado de horror por la información y la prensa. Sin embargo, lo que busca Gaviria, al transcribir el relato de Alexander, es compenetrarnos con las razones individuales de esa situación de horror. Busca, al adentrarse en la existencia de uno de estos habitantes del "oeste paísa", enterarnos de cómo se hace un *sheriff*.

No es su propósito interpretar sociológicamente esta realidad. Simplemente es un escucha, un transcriptor, un ordenador del caos que narra su interlocutor; habitante de un sector de Medellín que no es otra ciudad, sino la misma: la Medellín que viven todos sus habitantes, el interior verdadero de esta ciudad. La comuna nororiental de Medellín no es un fenómeno independiente; forma parte de la vida cotidiana de la ciudad y destila el sabor que todos los habitantes del valle de Aburrá consumen a diario.

En este relato, Gaviria da un orden claro, muy cronológico, a la gestación y al desenvolvimiento de la muerte en un joven que completa su ciclo vital

entre los 14 y los 17 años. Deja notar el sinsabor de vida de sus personajes y la extraña contradicción que produce el vacío de la muerte entre quienes sobreviven sin ninguna seguridad de vida. Aquí la muerte es absolutamente cotidiana, se tiene la certeza de que se la provoca con cada acto de supervivencia. Causa terror sólo en el momento de vivirla, y el apego a la vida es agotamiento de intensidad, es buscar el máximo punto de desafío y de peligro, llevándose lo que haya por delante. Provocar la muerte es un reto permanente. Son jóvenes que saben perdida la batalla. Perdida desde el punto de vista de este reseñista, que ve en la vida la única certeza con que cuenta, ya que la muerte es ante todo incertidumbre. Sin embargo, para Alexander, por sus recuerdos, por el humor con que los recrea y la nostalgia y el amor con que relata su historia, es claro que la muerte de su hermano es su propia ausencia; él, el narrador, no está "en manos" de un recuerdo, no hay un *flash back*. Todo él es recuerdo y toda su actitud frente a la vida parte de esa muerte, del arrepentimiento por desconocer las prevenciones, el desconcierto por un lugar común perdido, la solución que produciría, la tranquilidad de ver muerto a quien lo privó de la compañía de su hermano.

El pelaño que no duró nada es el reflejo social y cultural de una realidad abrumadora de la que somos víctimas todos los colombianos; es, de alguna manera, ese ímpetu de justicia personal que todos llevamos dentro. La vida en un país que con la carga de un Estado impotente nos lleva a solucionar brutalmente nuestras razones de vida. El estado absoluto del individualismo humano. Clanes sin ningún interés común; el beneficio personal y la satisfacción a costa del mundo entero, si es necesario.

Yo creo que el autor define mal su propósito, al decir que es el encuentro con dos ciudades: creo que es la única ciudad y que no hay encuentro. Esta es la cruda verdad que pretendemos explicar a diario como un fenómeno lejano, producto de la anarquía, del narcotráfico o de los paramilitares. Pero no. Esto somos en el fondo. Hay dentro de cada uno de nosotros un "pelaño", y en casi todos dura más que el Faber de este relato.

Víctor Gaviria nació en Medellín en 1955. Es autor de libros de poesía: *La luna y la ducha fría*, premio Universidad de Antioquia (1981), y *Con los que viajo sueño*, premio Eduardo Cote Lamus (1978). Publicó también un libro de crónicas, *El campo al fin de cuentas no es tan verde*, en 1982. Ha realizado varias películas en super 8, 16 y 35 mm: *Buscando tréboles* (1979), *Sueños sobre un mantel vacío* (1981), *Los habitantes de la noche* (1983), *Los músicos* (1986). En 1989 dirigió el largometraje producido por Focine *Rodrigo D. No futuro*, película que trata un tema que, además de interesante, bien podría ser muy cinematográfico; infortunadamente, no logra desarrollarlo. Su última realización, transmitida por la televisión, es un documental sobre las comunas nororientales de Medellín; *Yo te tumbó, tú me tumbas*.

Desde 1985 Gaviria está entre los jóvenes de este sector de Medellín; cinco años de un idioma que no es del todo claro para el lector de su texto, o para espectadores de películas como *Rodrigo D*. Bien valdría la pena, como lo hace con dos de los términos utilizados, que la lectura misma diera una explicación del significado de palabras castizas que dentro del contexto tienen acepciones diferentes de las que les da el uso normal. El libro, transcrito literalmente en términos orales, se vale de un lenguaje coloquial que, por la dificultad del significado de los términos, tiende innecesarias fronteras.

ENRIQUE GÓMEZ

La ignorancia gozosa

El nadaísmo colombiano o la búsqueda de una vanguardia perdida.

Armando Romero

Tercer Mundo Editores, Ediciones Pluma, Bogotá, 1988.

Si se toma en serio lo que Armando Romero dice en el prólogo de su libro, entonces hay que suponer que su trabajo persigue demostrar que el nadaísmo fue el primer movimiento de vanguardia en Colombia. Para ello